

hay peludos de todo el cuerpo, que parecen Nabucodonosores, y los hay lampiños como rodillas... Si vieras qué gibosos son, qué cascorvos, qué patiestevados y cómo abundan en callos... Nada te digo de los que se traen un chivo en las axilas, ni de los que se ponen chalecos bordados, ni de los que llevan romántica, ni de los que se embriagan ó fuman... En fin, que somos un horror... Quítate de eso; mejor es que ames á tus santitos, que no ensucian la ropa, ni la apestan, ni son de mal genio, ni pegan... Dale muchas gracias á Dios que te trajo aquí, aplícate, pero fuerte y con ganas, una buena zurra de disciplinazos y haz unas cien flores de trapo para que no se te vuelva á ocurrir esta indecencia... Ya te digo, el hombre mejor y el más guapo merecen que les quemem con leña verde...»

Don Vicente leía con serenidad, con verdadera limpieza de corazón artístico, las tiradas de sus poetas; lo mismo eran para él Coridón que Asteria, que Lidia, que Lalage, que toda la procesión que pasaba ante su vista: ninguno de ellos le movía un átomo de la sangre, y si no hubieran formado parte de aquellas obras de arte que admiraba, maldito lo que le habrían importado.

Las monjitas, á fuer de mujeres, lloraron al llegar á la casa y ver á la de Santa Mónica, y desde entonces, ó las recién llegadas vivían al lado de sor Catalina, ó ésta iba á buscarlas. El Padre, entretanto, registraba sus mamotretos ó le daba vueltas á un giro rebelde á la lima.

Muy distintas eran las ocupaciones de Córdoba y su amigo. Visitaban á las Vacas y á las Sedeñas y en los cuartos de unas ú otras formaban tertulias bajo la inspección del ojo vigilante de don Bernabé. Pero no todas las muchachas estaban capaces de chacharear y dar batería á los conversadores. A cambio de que Manuela gozaba de una salud perfecta y hasta se hermooseaba y echaba carnes y colores, Mercedes se volvía á cada momento más huraña y más displicente.

— ¡Mujer, por Dios, le decían las hermanas; si pareces un vidrio de Venecia! No puede una hablarte sin que te sueltes bufando como si te hicieran algo... A ti te hace daño no ir á la calle; pero por nosotras puedes salir, aunque sea exponiéndote á que te maten...

— Por mí, que me maten, cuanto antes mejor; ¡para lo que yo sirvo!

— Pues mira que has echado un geniecito que da gusto. He de llamar al Padre para que te conjure y te expulse los malos.

No respondía la *Meche*, sino que metiéndose á la pieza siguiente, daba un portazo que parecía el tronar de un cañón de veintisiete pulgadas.

— Pero ¿qué te pasa, Meche? preguntaban, á una, Romo y Córdoba. ¿Estás mala? Aunque sea con sacrificio te traeremos un médico...

— No me pasa nada, ni quiero que me traigan á

nadie. ¿Habrás visto? No ser una dueña ni de su mal humor.

— Pero, hija, si no es eso, ni es ese el camino, decía Sedeño mediando. ¿Sientes algo? Dilo. ¿No sientes nada? Aguanta tu humorcillo ó métete adonde no te vea nadie.

— Sí, ya conozco que usted también está contra mí.

— ¿Contra ti? Tú tienes ganas de pleito, pero yo no las tengo; y para pleitear se necesitan dos á lo menos.

No había quien encargara dulces ni guisos por aquellos días, ¡para dulces estaban los tiempos! y las Vacas habían restringido su actividad sólo á las flores. ¡Que Dios y el arte no hayan tomado en cuenta á aquellas excelentes muchachas los desacatos que cometían representando á la diablo las cosas más bellas que hay en el mundo! Flores de trapo, de madera, de pelo, de conchas, de abalorios, de papel, de todas las materias posibles, salían de aquellas pecadoras manos para aumentar el inmenso museo de las iglesias ó para adornar las casas particulares, figurando entre las obras de personas *curiosas*, que se exhibían en otro tiempo para pasmo de los aficionados.

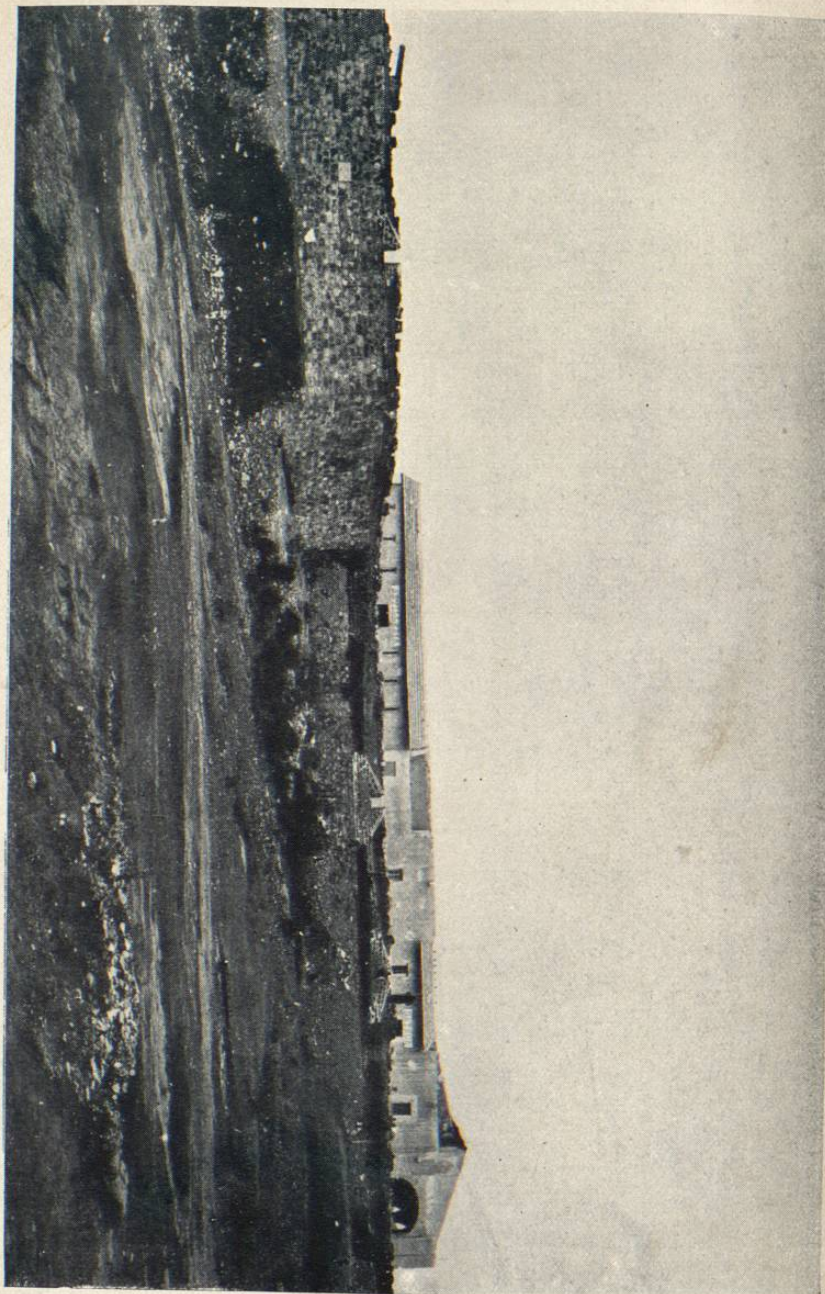
Por aquellos días, no sólo las flores preocupaban á las chicas; también consagraban sus afanes á tarea más alta y trascendente, cual era la de esculpir muñecos en cera, valiéndose para ello de ingenios que habrían dejado lleno de espanto al propio Fidias. Limas, escoplos, cinceles, co-

lores, trapos, planchitas de vidrio, moldes de barro y cien mil objetos más contribuían á la ejecución de unos fantoches de piernas anquilosadas, brazos tiesos, cabezotas enormes, manos que llevaban porras pesadísimas y ojos que parecían verlo todo como llorosos ó espantados. Y luego, ¡qué solapas de las levitas, qué copas de los sombreros, qué franjas de los pantalones! Eran para dar idea de la humanidad cacoquimia y encanijada, que probablemente vendrá detrás de la que ahora da la ley.

Pero si Rebeca y Manuela tomaban con brío la nueva ocupación, no pasaba lo mismo con Mercedes, que odiaba á muerte los muñecos de cera y al traidor que los había llevado, que no era otro que el vecino Romo de Vivar.

— ¿Te has fijado, decía á Eugenia, que por cierto ya estaba fuera de cuenta; te has fijado en que todos los muñecos de mis hermanas se parecen á Antoñito? Ponles la barba á las mujeres y ponles á los hombres la miradita aterciopelada del sujeto, y allí me le tienes pintiparado... No sabes lo que á mí me chocan este buen mozo y todos los buenos mozos; se adoran á sí mismos y nada quieren para los demás... Yo no sé cómo mi hermana está tan chiflada por este mamarracho; quítale la espadita, el quepis y los doraditos, y te encontrarás un tonto sin chiste *el ninguno*.

Cuando lo de la Reja, el buen mozo se atrajo la compasión general.



El cerro de Guadalupe  
Reproducción directa de una fotografía

— ¡Pobrecillo! exclamaban las mujerucas; ¡pobrecillo, haberse visto obligado á saltar por un balcón, porque tenía á su espalda un horrible zuavo! es cuanto podía acontecerle. Tiene más de diez descalabraduras en la cabeza, una mano torcida, inflamada una rodilla, hecho pedazos el uniforme y dolores en todo el cuerpo... De buena se escapó; si de cuenta de ese general Díaz hubiera corrido, le habrían dejado muerto allí... Eso es no tener *diatiro* caridad.

Y se propusieron las Vacas y las Sedeñas asistir al paciente y curarle y hacerle compañía por turno riguroso; pero como la ventolera de los *monos* les tenía sorbido el seso, sólo Mercedes permanecía cerca del lastimado; más la muchacha á cada entrevista se mostraba más estomagada con la compañía.

— ¡Jesús, pero qué fatuo, hijas! No hace más que preguntarme si no tiene nada en el rostro y si le irán á quedar señales de las heridas... Tú, por Dios, ni muchacha bonita que fuera... Manuelita, no haces negocio casándote con él; te pone á confeccionarle *cold cream* para la cara y no te deja hacer la comida... Y es lástima, porque guapo, sí lo es.

Mas hubo alguien que no compadeciera al herido, y este fué su propio padre, don Juan Romo, que al ver llegar al chico *apolismado* y cubierto de sudor, polvo y heridas, le regañó duramente.

— ¿Conque caiditas, eh? De esas caídas se dan los cobardes; hubiera preferido cincuenta veces que me hubieran avisado que estabas en el hospital ó en el cementerio, atravesado por la bayoneta de un zuavo, á verte revolcado y maltrecho... Te caíste, y ese señor general Díaz, á quien no conozco, pero á quien quisiera besarle la mano, hizo muy santamente en echarte al fuego... Vaya unos soldados de media almendra, que se espantan de los tiros y de los cañonazos... ¿Pues qué te figurabas, tonto, que batirse era cosa de juego? Ya ves lo que hacen los hombres y ya ves cómo debías portarte tú.

Contestaba el muchacho lo que podía y Tirso, que se hallaba presente, no dejaba de decirle al quedarse solos:

— No hagas caso de tonterías; el pobre de don Juan está chocho y no hay que fijarse en sus cosas... Entre estos constitucioneros no hay decencia ni honradez, ni nada; pásate con los franceses y verás si hay buen trato y dinero hasta cánsarse... Tenemos inteligencias en la plaza; no pienses que hayamos descuidado ese punto capital: la superiora de las hermanas de la Caridad, que es francesa, tiene establecido un telégrafo de señales con el cerro de San Juan, por medio de luces que se varían continuamente; Abdallah, aquel volatinero que gustó tanto aquí y en México, vino encargado de suministrar noticias y planos, ¡quién lo diría! y de guiar al ejército francés:

ahora anda en compañía de Forey; en fin, todos y cada uno de los organilleros que recorrían las ciudades y los caminos, eran espías... Cuando llegues allá te convencerás de lo que es bueno... Lo único que yo siento es no traer machete á la cintura, que si lo trajera, no sabrías de mí hace mucho tiempo.

Mas lo que servía para poner tablados era las disputas entre Sedeño y el viejo militar.

— Decían que no y hasta se'va ladeando. ¿Qué tal cala están dando los indios, Bernabé? Hay vergüenza, hay valor y lo único que yo siento es no tener veinte años para darles en la chapa del alma á los franceses.

— ¿Qué habías de hacer tú, Juanito? Corriste en Tolumé y te escondiste en el Gallinero.

— Nunca he corrido, replicaba bufando el otro, y bien puede ser que el día menos pensado les pruebe que ni aun ahora soy capaz de correr.

— ¿A tu edad?

— A mi edad también se tiene vergüenza; y la verdad es que la siento muy grande al ver á estos excelentes muchachos del ejército de Oriente, batirse como unos dioses, mientras yo me estoy con la mano en la mejilla como el Señor de la Caña.

— Pues á ello, Juanito.

— A su tiempo, Bernabé.

El veinticuatro de Abril, á las cuatro, contemplaba

Eugenia la colocación de los muñecos que habían de formar parte de un endiablado baile hecho en cera, y en el que los monigotes parecían danzar sin coyunturas, cuando sintió un dolorcillo ligero hacia el vientre. Quiso disimular levantándose; mas como perdió el color é hizo una muequecilla que notaron sus amigas, éstas, que vivían como suele decirse, con la barba sobre el hombro, se sobresaltaron grandemente figurándose que ya llegaba el instante tan esperado.

— ¿Has tenido un dolor?

— ¿Te sientes enferma?

— ¿Llaman á la facultativa?

Aseguró Eugenia que ya estaba mejor y se reanudaron la conversación y el trabajo.

— Por esto, decía Rebeca, nos darán treinta pesos.

— Y treinta por el bautizo, añadía Manuela.

— Por la orquesta, lo menos que pueden darnos es veinticinco.

— Pues mi ramo de azucenas, hecho con espinas de róbaló, no lo doy por menos de diez.

Y así habrían seguido echando trazas, cuando sintieron un horrible estrépito, como si cien manzanas se hubieran venido al suelo; después escucharon una horrible fusilería, gritos, carreras, cañonazos y todo el cortejo de un asalto. En aquel momento llovía á todo llover. Los muñecos cayeron por tierra, debido á la fuerza de la ex-

plosión ó á que las muchachas llenas de susto derribaron la mesilla claudicante, y todo el mundo se levantó, creyendo que averiguaría la verdad de lo acaecido mirando por encima de las paredes; sólo Eugenia permanecía en



su asiento, lívida, azorada, con los ojos dilatados y sin poder articular palabra.

Preguntáronle si se sentía mala y ella sólo contestó con un ¡ay! que parecía el desfogue de una máquina jadeante; lleváronla á su cuarto, y empezó á quejarse de nuevo, pero sin grandes extremos. Antonia, que ya estaba

lista para avisar á la partera, salió apresurada; pero á las seis volvió con la desconsoladora noticia de que, después de aguardar un buen rato en la casa de la calle de Infantes donde vivía la profesora, le habían dicho que no podría contarse con ella sino hasta el día siguiente, pues acababa de marcharse á ayudar á otro alumbramiento en la calle del Aguacil Mayor.

Poco después que Antonia, llegó su hijo Rudesindo, que por estar guarneciendo el convento de Santa Inés, con frecuencia obtenía licencias para ir á ver á su familia. El muchacho, con el uniforme, había echado seriedad y buena crianza, y en vez del borrachín estúpido é imbécil que todos conocían, era ya un soldado serio y honrado que bebía de cuando en cuando sus copitas (¿cómo había de prescindir, de un día para otro, de un hábito de toda la vida?); pero que ya manifestaba anhelos y tendencias nobles que nadie le había advertido antes.

— La cosa fué aquí cerquita, en el Pitiminí; pos, señor, que desde las dos comenzaron á sentirse en el suelo golpes como de barreta, y el coronel Padrés dijo al capitán Fernández: «Capitán, avise al general Berriozábal que nos están minando.» Llegó don Felipe acompañado del jefe de la otra línea, ora don Ignacio de La Llave, y dijo al Coronel: «Aguántese firme y vamos empezando la contra-mina», y en eso estaban cuando empezó á llover que parecía que iba á abrirse el cielo, y los gabachos, creyendo